LECTURAS DE HISTORIA POLÍTICA DE MÉXICO

A Emilio Castelar.

T

LAS NACIONES PRIMITIVAS.

Mas conquerió la su voz é el su temor que los golpes de las sus espadas.

El libro de los doce sabios.

A Historia política refiere, señores, cómo nace, funciona y degenera el fenómeno llamado gubernativo, en
cada una de las sociedades humanas; se reduce, por
lo mismo á clasificar los grupos que mandan y los grupos
que obedecen: en todo sistema político la importancia de los
individuos se mide por la clase que con ellos se levanta, ó por
la clase que con ellos sucumbe. Bajo este punto de vista observaré, pues, las diversas instituciones fundamentales que se
presentan en México, ántes de la conquista española, bajo el
régimen colonial y despues de nuestra independencia. Hoy
me ocupo de los gobiernos indígenas.

Escasos datos para tan interesante estudio puedo presentar á los ojos de esta ilustrada concurrencia; pero me lisonjeo de que los hechos en que me fundo son sin duda los más seguros, entre tantas conjeturas y fábulas de que se componen nuestros anales primitivos. Para inspirar entera confianza, comenzaré discutiendo el valor de los testimonios que colocarán muy cerca de la verdad las humildes conclusiones que en seguida aventuro. Cuatro son las fuentes de nuestra historia: los documentos y monumentos puramente americanos; su interpretacion trasmitida por los españoles; las costumbres y lenguas de los indígenas actuales, y la fisiografía de los lugares que sirvieron de teatro á esas naciones, para quienes la civilizacion europea no ha tenido sino variados tormentos y un ignominioso sepulcro. Difícil es mi empresa, porque se trata de reconstruir una inmensa Babilonia con sus propias ruinas.

Las pirámides, que tanto cautivan la atencion, ya por su altura, ya por sus adornos, sepulcros, aras ó fortalezas, no fueron ciertamente construidas para el servicio de los particulares, sino para satisfacer la pública magnificencia. Del mismo modo las murallas militares, los diques de las lagunas, ídolos colosales y las grandes piedras con inscripciones misteriosas, todo anuncia que, en aquellos pueblos, el lujo era un privilegio de la autoridad, miéntras que los particulares sólo recibian de manos de la arquitectura, chozas de tal suerte deleznables, que la tierra ha desdeñado conservar sus cimientos; cuantos escombros existen están marcados con el sello del poder; la multitud no nos ha dejado sino algunos utensilios domésticos, las mutiladas armas del guerrero y los modestos y caprichosos adornos de la hermosura.

¡Pero algunas de esas piedras hablan todavía! Es una cosa singular; el sistema geroglífico del Continente Americano sólo floreció en el hemisferio boreal, revelando por todas partes un tipo primitivo, y alternando en ciertas localidades, con los caracteres que el naufragio ó el espíritu de aventuras arrojó á nuestras costas en la mano poco diestra de algunos desconocidos europeos. Así, pues, desde los bosques de los Estados Unidos hasta las trémulas escabrosidades de Guatemala, abundan los peñascos pulimentados, donde las naciones autóctonas depositaron sus más preciosos pensamientos. Y la erudicion, para comprometer nuestra curiosidad, ha conservado en pieles, en lienzos y en papel numerosas leyendas que, medio descifradas, desde el tiempo de la conquista, nos prometen con una clave completa la historia de un mundo que hace tres siglos quedó sumergido en profundas tinieblas por sus mismos descubridores. Los sabios se impacientan; quiénes piensan encontrar la huella del chino, y quiénes empiezan á percibir, entre esfinges, la imágen de los faraones.

¡Vana esperanza! La escritura geroglífica pura, esto es, miéntras no ha sufrido la influencia de los caracteres actuales, ofrece dos bases sucesivas que provienen del modo con que ella alcanza á reproducir, por medio de ideas comunes al género humano, las palabras de un lenguaje determinado. Su base indestructible se encuentra en él arte sencillo de reducir todas las sensaciones á imágenes visibles; así es que el sonido, el movimiento y los afectos del ánimo, para ser figurados, requieren inevitablemente la adopcion de algunos signos más ó ménos convencionales. Para inventar éstos, bastan los recursos más vulgares de la pintura; una línea á los piés de los objetos dibujados, representa la tierra; una serie de huellas nos muestra el camino que ha recorrido el animal á quien pertenecen; una flecha en pos de una ave que vuela, es un semillero de pensamientos; y en los pormenores de una cara se pueden describir las mas variadas pasiones. El colorido completa lo que la línea sólo ha bosquejado. Un paso más y el geroglífico se emancipa del retrato. Esa mejora es invencion del verdadero signo, es sugerida por el mismo mecanismo del lenguaje humano.

La mayor parte de las palabras, sobre la cuna de los idiomas, tienen dos significaciones, que dirigiéndose á diversos objetos, los reune por el lado que representan alguna semejanza; así, la misma voz con que se designa el órgano conocido como *lengua*, se aplica al habla del hombre; y así un leon despierta en nuestro ánimo la imágen de un guerrero. ¿De

qué artificio se vale, pues, el pintor para expresar el lenguaje figurado? Haciendo alianzas que artísticamente se calificarian de monstruosas; colocando la lengua fuera de la boca se significa la palabra; dando algunos miembros de leon al hombre, trasforma éste en valiente; y una boca entre alas, arrojando líneas, llega á representar el viento.

Pero el sistema geroglífico no ha salvado, á pesar de esos mecanismos ingeniosos, la mayor de sus dificultades representativas. Existen en todos los idiomas multitud de elementos que sirven para ligar las palabras fundamentales y á veces para modificarlas; esos elementos, en las gramáticas vulgares, ya se llaman partes de la oracion, ya tambien descinencias ó prefijos.

La pluralidad en la idea se ha salvado con la pluralidad en la figura; el mismo mecanismo ha servido para la reiteracion, se designan algunas preposiciones positivas, colocando encima ó debajo los objetos; algunos verbos, reproduciendo su accion en bosquejo, y ciertas frases negativas, mutilando de un modo correspondiente las figuras. Pero llega un momento en que tienen que aparecer los signos arbitrarios y convencionales, resultando con la invencion de éstos, la perfeccion del sistema.

La escritura que hemos explicado, es esencialmente ideográfica; su primer procedimiento comienza por la adopcion de figuras simbólicas, para reflejar vivamente el estilo figurado; su complemento, aunque siempre fundado en la analogía, depende de una clave tan accidental, que puede y debe variar segun los siglos y naciones. Si en los sistemas egipcio y chino, encontramos la novedad de los caracteres fonéticos, es porque esas naciones no pudieron resistir á la influencia de la civilizacion sanscrita; madre fecunda de las más provechosas invenciones, y principalmente de las letras.

El imperfecto sistema de los americanos como lo llevo descrito, se resiste á ocuparse de pormenores, de vulgaridades y de abstracciones; enuncia lo positivo y lo pintoresco, suprime los datos negativos que son tan importantes, no sólo para los matemáticos sino para todas las ciencias, porque las combinaciones de ellos son el alimento y el triunfo de la inteligencia; en fin, ese sistema no conserva la historia de los acontecimientos, sino su poesía. Los cantos que guardaban las antiguas tradiciones del pueblo, se depositan por el sacerdote sobre el papel y sobre la piedra.

¿Y bien; que son las leyendas populares, sino hechos convertidos en fábulas, y fábulas supliendo la ausencia de los hechos, sosteniéndose por la música, embelleciéndose por la imaginacion, santificándose por la credulidad y no reflejando en la corriente de versos, sino las costumbres y aspiraciones de la época postrera en que se cantan? Esto es tan cierto, que muchas de esas historias aztecas aparecieron á los ojos de nuestros ilusos misioneros, como hojas extraidas de la Biblia.

Los españoles que presenciaron la civilización azteca, y á quienes debemos la única interpretacion fehaciente de los monumentos históricos, murieron en la persuasion de que en éstos se ocultaban remotísimas edades; su error provino de las ilusiones bíblicas, que no les permitian reflexionar en que toda tradicion, hablando ó cantando, difícilmente se remonta á trescientos años, en que los geroglíficos de piedra no son más que breves inscripciones, donde racionalmente no pueden tener lugar sino hechos contemporáneos á la ereccion del monumento; en que todas las inscripciones de esta clase, suponiéndolas históricas, no pueden, por pertenecer á diversas naciones, componer una página seguida; en que los libros aztecas, por la extension que exigen las figuras y los asuntos que representan, no han alcanzado á suministrar sino datos tan escasos como inseguros; y por último, en que la civilizacion que ellos estudiaron era á todas luces reciente.

De ese espejismo en que los conquistadores vieron la antigüedad azteca, resultaron dos clases de funesto extravío: el español sugeria la traduccion al indio, y el indio complacia al español improvisando hechos y aun acaso geroglíficos. Así desfigurada en parte la escritura antigua, y viciada su interpretacion, ella todavía nos atestigua que los misioneros poseyeron conocimientos bastantes para leer los títulos de la propiedad territorial que aun conservan los pueblos, las genealogías de los personajes, el sistema numérico, la distribucion de las festividades religiosas, los atributos de los dioses, el método para fiscalizar las contribuciones, las bases cronológicas, las hazañas de algunos reyes, el libro de los castigos, los desvaríos cosmogónicos, los tratados internacionales y las variadas inspiraciones de la poesía: con tales elementos, esos hombres estudiosos no han podido descubrir sino lo que en realidad habia; poca y no antigua historia, y algunas tradiciones poéticas, que se vieron fácilmente fecundizadas por el empeño insensato de emparentar con las doce tribus de Israel á los semibárbaros aborígenes de nuestras lagunas.

Es de un precio inestimable para la filosofía, la conservacion, aunque en reliquias, de las antiguas tribus, y el calor latente que circula por sus idiomas, de los cuales, como de una raíz vivaz, pudiera aparecer, como de la superficie de la tierra, una nueva y floreciente literatura.

Todas las gentes indígenas ofrecen una organizacion de tal suerte típica, que da orígen á una especie particular en la clasificacion del género humano; sus caracteres anatómicos son más constantes que los fisiológicos; pero entre éstos existe una tendencia tan marcada á la sociabilidad, que un individuo americano, sea en los campos de batalla, sea en los tribunales, sea en los viajes más aventurados, no puede desprenderse de su familia, de sus amigos, ni de las demas personas á quienes por cualquier título considera como suyas: se trasporta por bandadas como las aves, y trabaja en enjambres como las abejas. No puede mejorarse ni perecer sino por clases; hé aquí por qué le es favorable cierto mecanismo administrativo, que fácilmente se confunde con el de nuestros municipios. Más allá de su hormiguero, no descubre sino enemigos.

En cuanto á sus idiomas, de un polo al otro polo se sujetan á una ley uniforme y constante; no contienen una sílaba que no sea aisladamente significativa, y confian á las leyes de su agrupamiento el resultado de las modificaciones sintáxicas. No de otro modo se han formado los idiomas conocidos en el mundo; y si en el continente antiguo descubrimos extensas palabras que no figuran como frases, esto se debe á que la mezcla reiterada de diversas lenguas, ha ocasionado cierta vaguedad abstracta en los elementos primitivos. En cualquiera lengua americana, toda palabra de más de dos sílabas es una oracion, cuyos componentes la escritura geroglífica nos manifiesta en relieve. Así, pues, de un idioma á otro idioma, la diferencia proviene de la diversidad de las raíces.

Éstas serian uniformes ó insensiblemente variables, si los pueblos americanos no hubiesen tendido con tenacidad á conservarse en pequeñas naciones: sin embargo ese aislamiento de las tribus no nos explica por qué hay tanta diferencia de pronunciacion y de radicales entre los aztecas y los otomíes, entre los tarascos y los zapotecas. Ese fenómeno prodigioso, reduciéndose á un acontecimiento sencillo, es la prueba más robusta que nos asiste para afirmar que no todas las naciones se formaron en el mismo suelo donde el conquistador logró contemplarlas; han existido, por lo mismo, trasmigraciones cuyos vestigios nos guarda el idioma en sus diversas raíces y aun en marcadas irregularidades, que no vacilarémos en calificar de barbarismos. Cualquiera plano etnográfico, si algo dice, nos persuade de que repetidas veces unas naciones han invadido á las otras, olvidando su cuna en no remoto suelo.

Los planos que pretenden explicarnos tan maravillosas expediciones, ó se refieren á los últimos y limitados movimientos de las hordas, ó fueron candorosamente desfigurados para satisfacer las cuestiones frailescas; á pesar de estos documentos, grandes excursiones se han verificado en la mitad de nuestro continente; y no apareciendo la causa ni en la guerra ni en la codicia, para resolver el problema, no se descubre otra ciencia ni otro oráculo sino la misma naturaleza.

En otro tiempo seria una audacia preguntar á las revolu-

ciones del globo, el secreto de las trasmigraciones de algunos pueblos, cuando ellos mismos han olvidado la causa de su expatriacion, y la atribuyen á caprichos de los hechiceros y á miras providenciales de los dioses. Hoy la ciencia, y aun mis modestas observaciones, de acuerdo con la distribucion de la lengua nahuatl, con los regueros de las ciudades arruinadas, y con la uniformidad de la tradicion, me permiten colocar entre la Alta California y Nuevo México la oficina gentium, el asiento primitivo de los pueblos que en el espacio de veinte siglos amontonaron su poder y su gloria en torno del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl. Tambien descubriré otro foco de civilizacion en las Mistecas, Guatemala y Yucatan, alimentado por los aventureros que desde la Florida extendieron su dominio por los golfos de México y Honduras.

Una línea de modestas alturas se extiende desde el Oregon hasta la Baja California; entre ella y una parte de la cadena occidental de los Andes boreales, se agita el Golfo de Cortés y se adormece entre arenas un vasto desierto: éste, no hace muchos siglos era una prolongacion del Golfo; poseyó en seguida lagos y bosques y ciudades y acabó por abandonar sus aguas y sus flores y sus más variados habitantes al levantamiento progresivo de los médanos, que hoy no ofrecen un asilo sino á la sierpe de cascabel, al venado fugitivo y al aventurero salvaje; en su desgarrado manto vegetal no se descubren sino raquíticos mescales, y órganos gigantescos. Las playas de este mar enjuto se componen de los aluviones de un prodigioso deshielo, que arrastró desde Nuevo México, entre los pulimentados fragmentos de las peñas, masas de oro puro adheridas al cuarzo, que mal pudo resguardarlas en las elevadas minas. Esa region inmensa apénas se eleva veinte varas sobre el nivel del mar, y en algunos puntos su superficie es inferior á la de las aguas del Pacífico.

Repetidas observaciones demuestran un levantamiento constante en las riberas del Golfo califórnico, á razon de una vara por siglo; los espacios que resultan sobre las aguas, duplican en igual tiempo su altura, por los aluviones que caminan en los torrentes y por las nubes de polvo que el viento acarrea en remolinos desde las montañas. Hace dos mil años las costas de Sonora y de Sinaloa aparecian más estrechas; y el desierto de la California encasquillaba dilatados esteros de agua salada y no pequeñas lagunas de agua dulce. Los afluentes del Gila y del Colorado convidan á una vasta colonizacion, y las ruinas que junto á ellos se conservan, protestan contra la incredulidad que se atreve á desconocer el asiento de naciones que dejaron profundamente grabada su memoria, en pueblos florecientes despues á las orillas de los lagos de Texcoco, de Chapala y de Pázcuaro.

Todo azolvamiento, una vez que comienza, rápidamente se precipita. Los moradores de aquellas misteriosas comarcas se vieron de repente invadidos por las arenas y abandonados por las aguas. Donde la esterilidad se presentaba, el hombre huía. Con el reinado de tan inesperada calamidad, comenzó, tal vez desde hace tres mil años, una serie no interrumpida de peregrinaciones hácia otras tierras más afortunadas. Al Norte se encontraban nuevos desiertos y nieves eternas; al Occidente, una faja estrecha donde el golfo de San Francisco tambien se deprimia; al Oriente, llanuras estériles; y sólo al Sur sonreian la vegetacion, la abundancia y la vida. Los fugitivos invadieron poco á poco las costas del Pacífico, hasta perderse en los istmos; pero algunas tribus se aventuraron por las mesas superiores, y los últimos restos de aquella civilizacion desgraciada, se descubren involuntariamente en las razas aztecas. Los perseguidos por la naturaleza traen entre sus dioses el hambre y la guerra; los aborígenes espantados se refugian en las montañas.

Y cuando las irrupciones terminan, el antiguo mar de la California descubre su fondo, y las lagunas y los rios que temblaron ante Huitzilopoxtli, se pueblan y civilizan. Tambien los lagos del Anáhuac van desapareciendo; pero la ciencia y la industria precipitan ese fenómeno, y lo aprovechan como una fuente de prosperidad y de grandeza: los antiguos mexicanos hoy comenzarian á recoger sus penates.

Otro centro igualmente notable de civilizacion ofrece el territorio nacional á nuestro estudio. La península yucateca y las sierras y costas de donde se desprende, abrigaron pueblos industriosos que compitieron en número y riqueza con el imperio mexicano; dejaron admirables monumentos, y el tipo de su civilizacion se recomienda como nacido en su suelo. A esos países privilegiados se dirigia la nacion comerciante de los Tlaltelolcos, para traer al mercado de Tenoxtitlan el cacao, bebida, alimento y moneda; plantas exquisitas para los jardines de los reyes, plumajes vistosos y raros para los guerreros, perfumes delicados para los sacerdotes, y los ídolos y adornos costosísimos para las mujeres. Ni seria difícil que esa raza diese á la mexicana el círculo eterno donde se mueven los dias, los meses, los años y los siglos. Por lo ménos, su sistema geroglífico procedia por rasgos característicos, formando grupos pequeños, acercándose á la escritura primitiva de los chinos, y no faltándole sino un paso para llegar al método silábico de las naciones semíticas. Las letras primero designan sílabas, y despues vocales y consonantes.

Esa mayor y excepcional ilustracion, no es de extrañarse, si recordamos que donde hoy florecen los Estados Unidos, existieron naciones que, visitadas por aventureros europeos, propagaron el espíritu de empresa para todas las islas que cierran el Golfo mexicano; piratas ó comerciantes, conducidos por el viento del Norte y rechazados por la corriente del Atlántico, encontraban en la sonda de Campeche un abrigo seguro y dilatado para sus frágiles embarcaciones. En estas pudo venir algunas veces, entre las armas y las mercancías, el precioso fragmento de una civilizacion remota y desconocida.

Detenerse en tantos y tan variados preliminares ha sido necesario para descubrir entre ellos la organizacion política de las antiguas naciones mexicanas. Observándolas en sus peregrinaciones, desde que abandonaban al silencio y al olvido su adoratorio piramidal, como las golondrinas la torre en que anidan, hasta que bulliciosas y ligeras levantaban nuevos muros religiosos, civiles y domésticos en torno de un ídolo fatigado, las encontramos inevitablemente sometidas á la disciplina militar más severa. Tribus errantes cercadas de enemigos, custodiando niños, ancianos y mujeres, y cargando sus bastimentos de muchos dias, adoptan para el camino las evoluciones del soldado, y no descansan jamas sino en verdaderos campamentos. Establecidas despues en ciudades, no pueden emanciparse de sus belicosos caudillos; no conciben la vida sino en la ciega sumision á su jefe y en las peripecias de los combates.

Nuevas necesidades, sin embargo, provocan, en la ciudad la formacion de clases privilegiadas. El sacerdote, amparado por sus dioses, proclama la independencia del santuario, y entre las tempestades revolucionarias se convierte en árbitro del trono. Dos legislaciones aparecen entónces; una de profana policía, y otra de ritualidades sagradas.

Las altas clases militares, conservando sus prerogativas y sus honores, se reparten el terreno conquistado y se trasforman en hacendados y en caciques; comienza de este modo el feudalismo.

Algunos pueblos se someten bajo condiciones protectoras, poniendo así la doble base del sistema municipal y del federativo.

Entónces los litigios se multiplican y, verdadero templo, el tribunal santifica costumbres, leyes y jueces.

Todas estas clases, empero, no forman sino una gerarquía, el pueblo se compone de súbditos y de esclavos. Una clase, una sola clase osa entregarse á sus inspiraciones democráticas: ¡los comerciantes!

Aventurándose éstos por entre las naciones enemigas y recorriendo países remotos, se acostumbran á no contar sino con sus recursos personales, á las dulzuras de la independencia, á la diversidad de opiniones y de usos, y á no contemplar en su patria sino un extenso y seguro mercado. Ellos fecundizan la industria, crian el lujo é improvisan la riqueza que proviene del cambio; desde el trono de sus mercancías